

— Tengo que hablar con usted — le dijo Franz en el acto de abrir ella la boca.

— Yo también — contestó Sidonia gravemente; — pero vamos por aquí y hablaremos mejor.

Y entraron juntos en un pabellón que se veía en el fondo del jardín.



II

Explicación

VA era tiempo, en verdad, de que llegara el justiciero.

En la sima parisiense, aquella mujerzuela remolineaba locamente. Sostenida por su misma ligereza sobrenadaba todavía; pero sus exagerados dispendios, el lujo que ostentaba, el indecoro de su conducta, todo anunciaba que se hundiría muy pronto, arrastrando consigo el honor de su marido y acaso también la fortuna y crédito de una importante casa, arruinada por sus desórdenes.

El medio en que vivía ahora, todavía precipitaba su perdición. En París, en aquellos barrios de pequeños comerciantes, que son verdaderas provincias malévolas y murmuradoras, estaba obligada á guardar más miramientos; pero en su casa de Asnières, rodeada de *chalets* de cómicos de la legua, de matrimonios de contrabando y otras gentes de la misma estofa, allí

no se reprimía. Había á su alrededor una atmósfera de vicio que respiraba sin ninguna repugnancia. La música del baile la divertía por la noche en su jardín.

Un pistoletazo que se oyó una noche en la casa inmediata, dando asunto de qué hablar á la maledicencia, hubo de hacerle soñar aventuras semejantes: hubiera ella querido tener también *historias*. Sin guardar ya ningún comedimiento en su lenguaje, ni decoro ninguno en su porte, los días que no se paseaba por el malecón de Asnières, vestida de falda corta como una elegante de Trouville ó de Houlgate, permanecía en casa, puesta de peinador, como sus vecinas, completamente ociosa, sin cuidarse de su casa, donde la robaban á ojos vistas. Aquella misma mujer que salía á caballo todas las mañanas, estâbase horas enteras murmurando con su doncella de los matrimonios extraños que la rodeaban.

Poco á poco iba volviendo á su antiguo nivel y aún más bajo. De la clase media, bien acomodada, á que la había levantado su casamiento, bajaba rodando á la clase ínfima de las amancebadas. Á fuerza de viajar en el wagón con mozuelas extrañamente adornadas, con el pelo á los ojos, á la perruna, ó flotante á lo Genoveva de Brabante, acabó por parecérseles. Pintóse de rubio y rubia estuvo por espacio de dos meses, con asombro de Risler que creía que le hubieran cambiado su muñeca.

En cuanto á Jorge, todas estas excentricidades le hacían encontrar diez mujeres en una sola. Él era el verdadero marido, el amo de la casa.

Para distraer á Sidonia, le había procurado una apariencia de sociedad, compuesta de sus amigos solteros, de algunos comerciantes vividores, nunca ó casi nunca de mujeres: las mujeres ven demasiado. Mistress Dobson era la única amiga.

Organizábanse grandes comidas, paseos por el río,

fuegos artificiales. La situación del pobre Risler venía á ser cada día más y más ridícula. Cuando llegaba por la noche, derrengado y mal vestido, le era preciso subir á su aposento á darse una mano de barniz.

— Tenemos gente á la mesa — le decía su mujer; — date prisa.

Y era el último que se sentaba á la mesa, después de dar la mano á los comensales, á los amigos de Fromont, cuyos nombres apenas le eran conocidos. Y ¡cosa singular! Los negocios de la fábrica se trataban con frecuencia en aquella mesa, á que Jorge llevaba sus conocimientos del Círculo con todo el sosiego y confianza del señor que paga.

¡Almuerzos y comidas de negocios! Á los ojos de Risler esta palabra lo explicaba todo: la continua presencia del consocio, la elección de los convidados, y la maravillosa elegancia de Sidonia, que se componía y coqueteaba en beneficio de la casa.

Esta coquetería de su amada causaba la desesperación del joven Fromont, que cuando menos se pensaba iba allá á sorprenderla, inquieto, desconfiado, temiendo siempre dejar mucho tiempo libre á aquella mujer disimulada y pervertida.

— ¿Qué es de tu marido? — preguntaba por otra parte el abuelo Gardinois á su nieta, en tono chocarrero. — ¿Por qué no viene con más frecuencia?

Clara disculpaba á Jorge, pero su conducta comenzaba á inquietarla. Ahora lloraba la pobre, al recibir aquellas concisas cartas ó más concisos telégramas que le llegaban á la hora de comer diciendo:

«No me esperes esta noche. No podré ir hasta mañana ó pasado mañana en el último tren.»

Triste y llorosa comía entonces enfrente de un sitio vacío, y sin saber que era engañada, sentía que su marido se iba acostumbrando á pasar sin ella. ¡Estaba tan distraído, cuando una fiesta de familia ó cualquier

otra circunstancia lo retenía en casa!... tan preocupado y mudo siempre!... No teniendo ya Clara con Sidonia sino relaciones muy lejanas, no sabía nada de lo que pasaba en Asnières; pero cuando Jorge partía otra vez, acelerado, sonriente, atormentaba su soledad con sospechas incomprensibles, y como los que esperan un gran pesar, sentía de pronto un inmenso vacío en el corazón, un sitio dispuesto para las catástrofes.

Su marido tampoco no era más feliz que ella. La cruel Sidonia parecía complacerse en atormentarlo, permitiendo que le hiciera la corte todo el mundo. Por aquellos días un tal Cazabón ó Cazaboni, tenor italiano de Tolosa, presentado por mistress Dobson, iba allá todos los días á cantar dúos sospechosos, y Jorge, aguijoneado por los celos, corría á Asnières todas las tardes abandonándolo todo, y comenzaba ya á conocer que el bonachón de Risler no vigilaba bien á su esposa; hubiéralo querido ciego solamente para él.

¡Ah! si hubiera él sido el marido ¡cómo le habría tirado de la cuerda!... Pero no tenía ningún derecho sobre ella y era inútil tomarse la molestia de decirselo.

Á veces también, con esa invencible lógica, que empuja con frecuencia á los más necios, pensaba en que engañando él, acaso merecía ser engañado. Triste vida, en fin, la suya: pasaba el tiempo de joyería en joyería y de tienda en tienda, buscando preciosidades con que sorprender y halagar á su adorado tormento. Y esto prueba que la conocía muy bien: sabía que se la podía halagar con joyas, pero retenerla, no, y que el día en que se aburriera...

Pero Sidonia no se aburría aún. Llevaba la vida que necesitaba, toda la felicidad que podía conseguir. Sus amoríos con Jorge no eran, ni mucho menos, ardientes ni novelescos: Jorge era para ella un segundo marido, más joven que el primero y sobre todo más rico.

Para acabar de vulgarizar su adulterio, hubo de llevarse cerca de sí á sus padres, los acomodó en una casita al extremo del país, y de aquel padre vanidoso y voluntariamente ciego, de aquella madre cariñosa y siempre deslumbrada se había hecho una especie de cortejo de honorabilidad de que se sentía necesitada á medida que se hundía en el vicio.

Todo estaba muy bien ordenado en aquella cabeza pervertida que raciocinaba fríamente para arreglar el vicio; y parecía que su vida debiera continuar así tranquilamente, cuando Franz Risler se presentó de repente.

Con sólo verlo entrar había comprendido que estaba amenazado su reposo, que entre los dos iba á pasar algo muy grave.

Y luégo al punto quedó formado su plan.

El pabellón en que acababan de entrar, hermosa pieza circular cuyas cuatro ventanas miraban á paisajes diferentes, estaba amueblado para las siestas de verano, para las horas de calor en que se busca un refugio contra el sol y los rumores del jardín. Un amplio diván corría á la redonda y un velador de laca, muy bajo también y cargado de periódicos, había en cualquier parte.

La tapicería era fresca y los dibujos de los transparentes, pájaros volando entre azuladas cañas, producían el efecto de un sueño de verano, una imagen vaga flotando delante de ojos que se cierran. Las persianas abiertas, la estera extendida sobre el entarimado, el jazminero de Virginia que se entrelazaba por fuera á lo largo del emparrado, todo esto mantenía cierta frescura, aumentada por las brisas del río continuamente renovadas.

Apenas hubo entrado Sidonia, tomó asiento, despidiendo su larga falda blanca, que cayó como una nevada al pié del diván, y con los ojos claros, los labios

sonrientes, inclinando un poco la cabeza, cuyo lazo aumentaba aún su caprichosa monería, esperó.

Franz, muy pálido, esperaba de pié, mirando alrededor.

Después de un momento, dijo:

—Doy á usted la norabuena, señora: entiende usted bien lo comfortable.

Y luego al punto, como si temiera que tomada de tan lejos la conversación, no llegara bastante pronto adonde quería él llevarla, repuso brutalmente:

—¿Á quién debe usted todo este lujo?... ¿Á su marido ó á su amante?

Sin moverse del diván, sin alzar siquiera los ojos hacia él, Sidonia contestó gallardamente:

—Á los dos.

Franz quedó un tanto desconcertado.

Después le arguyó:

—Luego confiesa usted que ese hombre es su amante?

—¡Bah!

Franz la miró un instante en silencio.

Sidonia estaba también pálida, y á pesar de su calma, no dejaba ver ahora la sonrisita de siempre.

—Escuche usted bien, Sidonia—dijo Franz.—El apellido de mi hermano, ese apellido que ha dado á su esposa, es mío también; y pues mi hermano es tan necio, y tan ciego está que deja que usted lo deshonne, cúpleme á mí defenderlo contra usted misma. Así, pues, le exijo que prevenga á Mr. Fromont que mude cuanto antes de manceba y vaya á otra parte á arruinarse; donde no...

—¿Qué?—preguntó Sidonia jugueteando con sus sortijas.

—Donde no, advertiré á mi hermano de lo que sucede en su casa, y entonces verá usted con sorpresa que Guillermo Risler es tan violento y terrible en ca-

sos graves, como bondadoso é inofensivo de ordinario. Mi revelación acaso lo mate, pero dé usted por seguro que la matará él antes.

Sidonia se encogió de hombros.

—Máteme, pues. ¿Qué me importa?

Y dijo esto con tan acerba expresión, que Franz, á pesar suyo, sintió como piedad de aquella hermosa criatura, joven y hasta dichosa, que hablaba de morir con tal y tanta indiferencia ó resignación.

—¿Tanto ama usted á ese hombre—le dijo con acento menos áspero—tanto ama usted á ese Fromont que prefiere morir á separarse de él?

Sidonia se incorporó con viveza.

—¡Yo amar á ese hombre... á esa mujer vestida de hombre! ¡Bah!... He tomado á ese como hubiera tomado á otro.

—¿Por qué?

—Porque era preciso, porque estaba loca, porque tenía en el corazón y tengo todavía un amor criminal, que quiero arrancar de él á toda costa.

Habíase levantado Sidonia y le hablaba ojos con ojos, labios con labios y estremecida de piés á cabeza.

¡Un amor criminal! ¿Á quién amaba pues?

Franz tenía miedo de preguntárselo.

Sin sospechar nada aún bien, comprendía que aquel mirar de sus turbados ojos, y aquel temblar de sus labios pálidos, y todo aquel estremarse iban á revelar algo espantable.

Pero su misión de vengador justiciero lo obligaba á saberlo todo.

—¿Quién es?—le preguntó.

Sidonia le contestó con voz sorda:

—Bien sabes que eres tú.

Era la esposa de su hermano.

Dos años hacía que no pensaba en ella sino como se piensa en una hermana. Para él la esposa de su her-

manó en nada se asemejaba á su antigua prometida, y hubiera sido un crimen reconocer por un solo rasgo de su fisonomía á la mujer á quien en otro tiempo había amado.

Y ahora era ella quien le decía á él que la amaba.

El malhadado justiciero se quedó aturdido, aterrado, sin encontrar una palabra que decir.

Sidonia, enfrente de él, esperaba.

Hacia uno de esos días de primavera llenos de sol y de fiebre, á que la humedad de las antiguas lluvias da cierta molicie, una melancolía singular. Era el aire tibio, perfumado de flores nuevas que en aquel primer día de calor embalsamaban fuertemente. Por sus altas ventanas entreabiertas, la pieza en que estaban respiraba esta embriaguez de olores. Oíanse por fuera los organillos del domingo, voces lejanas en el río, y más cerca, en el jardín, la voz amorosa y lánguida de mistress Dobson que decía en sôn de alma doliente:

Me han dicho que te casas
y yo voy á morir...

—Sí, Franz—decía Sidonia—siempre te he amado, y este amor á que renuncié en otro tiempo, porque era una niña y las niñas no saben lo que hacen, vive arraigado en mi corazón sin que nada haya podido borrarlo, ni aun disminuirlo. Cuando supe que la infeliz Desiderata te amaba también, en un generoso arranque quise hacer la felicidad de su vida á costa de la mía, y sin más reflexión te rechacé para que fueras á ella. Pero ¡ah! cuando estuviste lejos de mí, hube de comprender que el sacrificio era superior á mis fuerzas. ¡Pobre Desiderata! La he maldecido bastante en lo hondo de mi corazón. Desde entonces he evitado verla: su vista me hacía mucho daño.

—Pero, si me amabas—preguntó Franz en voz muy

baja—si me amabas, ¿por qué te casaste con mi hermano?

Sidonia contestó sin vacilar:

—Casarme con tu hermano era acercarme á ti. «No he podido ser su esposa, me decía; pues bien, seré su hermana. Así, á lo menos, me será lícito amarlo aún, y no pasaremos toda nuestra vida extraños uno á otro.» ¡Ah! Sueños que se tienen en la ingenuidad de los veinte años, y cuya ilusión nos muestra muy luégo la experiencia... No, no he podido amarte como hermana, Franz; no he podido tampoco olvidarte... mi matrimonio me lo impedía. Con otro hombre acaso lo hubiera conseguido; pero con tu hermano... imposible... imposible. Hablábame sin cesar de ti, de tus adelantos, de tus triunfos, de tu porvenir... Franz dice esto... Franz hace lo otro... Y luégo, lo más cruel para mí es que tu hermano se te parece: hay en vuestro modo de andar, en vuestras facciones todas cierta semejanza de familia, en vuestra voz, sobre todo.... ¡Oh! ¡cuántas veces he cerrado los ojos á sus caricias diciendo para mí: ¡Es él, es Franz! Cuando ví que este criminal pensamiento venía á ser un tormento, una obsesión, entonces ¡pobre de mí! procuré aturdirme, y me decidí á escuchar á ese Jorge que me perseguía de tiempo atrás, á cambiar de vida, á hacerla agitada y alegre. Pero te lo juro, Franz, ni en ese torbellino de placeres, dejé nunca de pensar en ti; y si alguien tiene el derecho de venir aquí á pedirme cuenta de mi conducta, ciertamente no eres tú, que sin querer, me has hecho lo que soy.

Y calló.

Franz no se atrevía á alzar los ojos para mirarla. Desde un momento hacía la encontraba demasiado bella y... era la esposa de su hermano.

Tampoco se atrevía á hablar: sentía el desgraciado que la antigua pasión se reinstalaba despóticamente

en su corazón, y que ahora miradas, palabras, todo cuanto saliera de él sería amor.

Y era la esposa de su hermano.

— ¡Ah! ¡Cuán desgraciados somos! — exclamó el pobre justiciero dejándose caer al lado de ella en el diván.

Estas palabras eran ya una cobardía, un principio de abandono, como si mostrándose tan cruel el destino, le hubiera quitado la fuerza de defenderse.

Sidonia puso su mano sobre la suya.

— ¡Franz! ¡Franz!

Y así permanecieron silenciosos y ardientes, mecidos por la romanza de la sentimental profesora, que les llegaba al través de la enramada:

Tu amor es mi locura
y en ella he de viviiiiir...

De pronto, la alta estatura de Risler se levantó en la puerta.

— Por aquí, Mr. Chebe, por aquí. Están en el pabellón.

Y esto diciendo, entró acompañado de su suegro y de su suegra, á quienes había ido á buscar.

Hubo un momento de efusión y de innumerables abrazos. Y era de ver la actitud de protector con que Mr. Chebe examinaba al mocetón, que le llevaba toda la cabeza.

— Y bien, chico, ¿va cómo deseas eso del canal de Suez?

Madama Chebe, para quien Franz tenía siempre algo de su futuro yerno, dábale abrazos sin cuento, mientras Risler, torpe ordinariamente en sus expansiones y alegrías, hacía grandes ademanes en la escalinata, hablaba de matar cien cebadas terneras para celebrar la vuelta del hijo pródigo, y con muy recia voz, que

debía resonar en los jardines inmediatos, gritaba á la profesora de canto:

— ¡Mistress Dobson!... ¡Mistress Dobson!... Es muy triste lo que canta usted. Al diablo la sensiblería! Tóquenos algo alegre y bailable, que voy á hacer dar un par de vueltas á madama Chebe.

— Pero, Guillermo, hijo mío, ¿estás loco?

— Vamos, vamos, madre; es preciso.

Y pesadamente, alrededor de los árboles, arrastraba en un vals automático, á seis tiempos de compás, verdadero vals de Vaucanson, á su pobre suegra sofocada, que tenía que detenerse á menudo para atarse los tirantes del sombrero y poner en orden los encajes de su chal, el chal aquel de las bodas de Sidonia.

El bueno de Risler estaba ebrio, ebrio de alegría.

En cuanto á Franz, aquel no fué sino un día de fatigas y angustias. Paseo en carruaje; paseo en bote, merienda sobre la yerba en la isla de los *Ravageurs*, sin olvidar ninguno de los encantos de Asnières. Y todo esto al sol del camino, á la reverberación de las aguas. Y era preciso reír, charlar, referir su viaje, hablar del istmo de Suez, de los trabajos emprendidos, prestar atento oído á las quejas secretas de Mr. Chebe, siempre resentido con sus hijos, no menos que á los pormenores que de la *estampadora* daba su hermano.

— Giratoria, mi querido Franz—decía con énfasis el inventor— giratoria y duodecágona.

Sidonia los dejaba hablar y parecía entregada á profundas reflexiones. De vez en cuando dirigía una palabra ó una triste mirada á la profesora de canto, y Franz, sin atreverse á mirarla á la cara, seguía los movimientos de su sombrilla forrada de azul y las ondulaciones de su vestido.

¡Cuánto había cambiado en dos años! ¡Y qué hermosa se había puesto!...

Luégo le ocurrían horribles pensamientos. Había en Longchamps carreras aquel día: algunos carruajes pasaban rozando el de ellos, conducidos por mujeres con la embadurnada cara envuelta en estrecho velo. Inmóviles en el pescante, llevaban la fusta derecha, y con sus movimientos de muñeca, nada parecía animado, vivo en ellas, sino sus tiznados ojos, fijos en las orejas de los caballos. Á su paso se volvían todas las caras y todas las miradas las seguían, como arrastradas por el vértigo de su carrera.

Sidonia se parecía á aquellas mujeres. Ella misma hubiera podido conducir el carruaje de Jorge, porque Franz estaba en el carruaje de Jorge, como había bebido el vino de Jorge: todo aquel lujo de que gozaba la familia, provenía de Jorge.

Era vergonzoso, repugnante. Hubiera querido decirselo á gritos á su hermano, y acaso debía hacerlo así, habiendo venido exprofeso para esto; pero no tenía fuerzas para tanto.

— ¡Ah! Desgraciado justiciero!...

Por la noche, después de comer, en el salón abierto al aura del río, el bonachón de Risler rogó á su esposa que cantara, deseando que hiciera ver todas sus habilidades á su hermano Franz.

Apoyada en el piano, resistíase Sidonia con expresión de tristeza, mientras la infatigable y voluntaria profesora preludiaba agitando sus longas inglesas.

— Pero si no sé nada ¿qué he de cantar?

Por fin se decidió.

Pálida, desencantada, á la trémula luz de las buglas que parecían quemar perfumes, entonó una canción criolla muy popular en la Luisiana y que la misma mistress Dobson había puesto en música para canto y piano:

¡Pobesita Zizi!

El amó, el amó la puesto así.

Y haciendo la historia de esta infeliz Zizi á quien la pasión ha vuelto loca, no parecía sino que Sidonia tenía el mismo mal de amores. ¡Con qué desgarradora expresión y qué grito de paloma herida decía esta romanza, tan melancólica y dulce en el chapurrado infantil de las colonias!

El amó el amó la puesto así.

Tenía motivo para perder el juicio también el infeliz justiciero.

Pero no; la sirena había elegido mal su romanza, pues sólo al oír el nombre de Zizi, se halló Franz transportado de repente á una triste mansión del *Marais*, bien lejos del salón de Sidonia, y la piedad de su corazón evocaba la imagen de aquella interesante Desiderata Delobelle que lo amaba hacía tanto tiempo. Hasta los quince años no la habían llamado sino *Zirée* ó *Zizi*, y ella era en verdad la *pobesita Zizi* de la canción criolla, la amante siempre abandonada y fiel siempre. Por más que cantaba ahora la otra, Franz no la oía ya, no la vela siquiera; estaba allá junto á la butaca, en la silla baja en que había velado tan á menudo esperando al padre.

Sí, la salvación estaba allí para él y nada más que allí. Era preciso refugiarse en el amor de aquella niña, entregarse á ella sin reserva diciéndole: *Tómame, Sálvame*. Y ¿quién sabe? ¡Lo amaba tanto ella!... Acaso lo salvara curándole de su culpable pasión.

— ¿Adónde vas? — preguntó Risler viendo á su hermano levantarse precipitadamente en cuanto terminó Sidonia el último estribillo.

— Me voy... es tarde.

— ¡Cómo! ¿No te quedas á dormir aquí? Ya tienes preparado el aposento.

— Muy bien preparado — añadió Sidonia mirando singularmente á Franz.